

Posición de Popper frente a los problemas filosóficos.

Conjeturas y Refutaciones: El desarrollo del conocimiento científico. Karl R. Popper
Ediciones Paidós, Barcelona, 4^{ta} reimpresión, 1994.

Popper, al defender su posición frente a la filosofía se refiere a las ideas que, en su opinión, motivaron a los filósofos de la antigüedad.

He prometido decir algo en defensa de las concepciones de Wittgenstein. Lo que quiero decir, primero, es que muchos escritos filosóficos (especialmente de la escuela hegeliana) pueden ser considerados con justicia como un parloteo sin sentido; segundo, que este género de escritos irresponsables fue frenado, al menos durante un tiempo, por la influencia de Wittgenstein y los analistas del lenguaje (aunque es probable que la influencia más importante, a este respecto, fuera el ejemplo de Russell, quien, con el encanto y la claridad incomparables de sus escritos, demostró que la sutileza de contenido es compatible con la lucidez y la falta de presuntuosidad del estilo).

Pero estoy dispuesto a admitir más aún. En parcial defensa de las ideas de Wittgenstein, estoy dispuesto a sostener las dos tesis siguientes.

La primera es que toda filosofía, y especialmente toda “escuela” filosófica, está expuesta a degenerar, la manera tal que sus problemas se hagan prácticamente indistinguibles de los pseudo problemas, y su jerga, por consiguiente, prácticamente indistinguible de un balbuceo sin sentido. Trataré de mostrar que esto es una consecuencia del aislamiento filosófico. La degeneración de las escuelas filosóficas, a su vez, es consecuencia de la errónea opinión de que se puede filosofar sin haber sido obligado a ello por problemas que surgen fuera de la filosofía; en la matemática, por ejemplo, o en la cosmología, o en política, o en la religión, o en la vida social. En otras palabras, mi primera tesis es ésta: los genuinos problemas filosóficos tienen siempre sus raíces en problemas urgentes que están fuera de la filosofía, y aquellos mueren si estas raíces se resecan. En sus esfuerzos por resolverlos, los filósofos tienden a buscar algo así como un método o una técnica filosóficos, o una clave infalible para el éxito filosófico¹.

¹Es sumamente interesante el hecho de que los imitadores siempre se inclinan a creer que el “maestro” trabajaba con ayuda de un método o trece secretos. Se dice que en los tiempos de J. S. Bach algunos músicos creían que éste poseía una fórmula secreta para la construcción de temas de fugas.

Es también interesante observar que todas las filosofías que se ponen de moda (hasta donde llega mi conocimiento) han ofrecido a sus discípulos una especie de método para producir resultados filosóficos. Esto es cierto del esencialismo hegeliano, que enseña a sus adherentes a producir ensayos sobre la esencia, naturaleza o idea de todo: el alma, el universo, la universidad, etc.; es cierto de la fenomenología de Husserl, del existencialismo y, también, del análisis del lenguaje.

Pero tales métodos o técnicas no existen; en la filosofía, los métodos carecen de importancia; cualquier método es legítimo si conduce a resultados que pueden ser discutidos racionalmente. Lo que importa no son los métodos o técnicas, sino la sensibilidad para los problemas y la ardiente pasión por ellos; o, como decían los griegos, el don del asombro. Hay quienes sienten urgencia por resolver un problema, personas para quienes un problema se convierte en algo real, como un desorden que tienen que eliminar de su sistema².

Esas personas pueden hacer aportes aunque permanezcan ligadas a un método o una técnica particulares. Pero hay otros que no sienten esta urgencia, que no tienen ningún problema serio y acuciante, pero que, sin embargo, elaboran ejercicios según los métodos de moda y para quienes la filosofía en aplicación (o cualquier otro discernimiento o técnica que os plazcan más que búsqueda. Éstos llevan la filosofía al cenagal de los pseudo problemas y los acertijos verbales, ya sea ofreciéndonos pseudo problemas en lugar de reales (el peligro que vio Wittgenstein), ya sea persuadiéndonos a que nos concentremos en la tarea sin fin e inútil de desenmascarar los que ellos, correcta o erróneamente, toman como pseudo problemas y “acertijos” (la trampa en la que cayó Wittgenstein).

Mi segunda tesis es que lo que parece ser el método *prima facie* de enseñar filosofía propende a engendrar una filosofía que responde a la descripción de Wittgenstein. Entiendo por “método *prima facie* de enseñar filosofía” – y que parecería ser el único método posible – el de dar al principiante (a quien suponemos ignorante de la historia de las ideas matemáticas, cosmológicas y otras ideas de la ciencia, así como de la política) a leer las obras de los grandes filósofos; por ejemplo, las obras de Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, Locke, Berkeley, Hume, Kant y Mill. ¿Cuál es el efecto de tales lecturas? Un nuevo mundo de abstracciones asombrosamente sutiles y vastas se abre ante el lector, abstracciones de un nivel sumamente elevado y difícil. Se lo coloca frente a pensamientos y argumentos que, a veces, no sólo son difíciles de comprender, sino que le parecen poco importantes porque no pueden descubrir aquello para lo cual pueden ser importantes. Pero el estudiante sabe que esos son los grandes filósofos y que ese es el camino de la filosofía. Por ello, hará un esfuerzo para adaptar su mente a lo que él cree (erróneamente, como veremos) que es la manera de pensar de los filósofos. Tratará de hablar su extraño lenguaje, de seguir las tortuosas espirales de su argumentación y, quizás, hasta de enredarse en sus curiosos nudos. Algunos pueden aprender estas estrategias de una manera superficial, otros pueden comenzar a convertirse en adictos auténticamente fascinados. Pero creo que debemos respetar a la persona que, después de haber hecho su esfuerzo, llega finalmente a lo que podría llamarse la conclusión de Wittgenstein: “He aprendido la jerga tan bien como cualquiera. Es muy ingeniosa y cautivante. En realidad, es peligrosamente cautivante, pues la simple verdad de la cuestión es que es mucho ruido para nada, es un conjunto de cosas sin sentido”.

Ahora bien, creo que tal conclusión es groseramente equivocada. Sin embargo, es el resultado casi inevitable, sostengo, del método *prima facie* de enseñar filosofía que hemos descrito. (No niego, por supuesto que algunos estudiantes particularmente dotados pueden encontrar en las obras de los grandes filósofos mucho más de lo que aquí sugerimos, y sin autoengaño.) Pues la probabilidad que tiene el estudiante de descubrir los problemas extrafilosóficos (matemáticos, científicos, morales y

²Aludo a una observación del profesor Gilbert Ryle, quien en la página 9 de su libro *The Concept of Mind* dice: “Primeramente, estoy tratando de eliminar algunos desórdenes de mi propio sistema.” [Hay versión castellana del libro de G. Ryle: *El concepto de lo mental*, Buenos Aires, Paidós, 1967.]

políticos) que inspiraron a esos grandes filósofos es, en verdad, muy pequeña. En general, esos problemas sólo pueden ser descubiertos estudiando, por ejemplo, la historia de las ideas científicas, especialmente los problemas de la matemática y las ciencias empíricas del período en cuestión; y esto, a su vez, presupone un considerable conocimiento de la matemática y las ciencias empíricas. Sólo si comprende los problemas contemporáneos de la ciencia puede el estudioso de los grandes filósofos comprender que éstos trataban de resolver problemas urgentes y concretos, problemas que, para ellos, no podían ser dejados de lado. Sólo después de comprender esto puede obtener el estudiante una imagen diferente de las grandes filosofías, una imagen que dé sentido al aparente sin sentido.

Trataré de fundamentar mis dos tesis con ayuda de ejemplos; pero antes de examinar estos ejemplos, deseo resumir mis tesis y compararlas con las de Wittgenstein.

Mis dos tesis equivalen a la afirmación de que, como la filosofía está profundamente enraizada en problemas no filosóficos, el juicio negativo de Wittgenstein es correcto, en todo aspecto, en lo que se refiere a filosofías que han olvidado sus raíces extrafilosóficas; y que los filósofos que “estudian” filosofía, en lugar de verse forzados a llegar a la filosofía por la presión de problemas no filosóficos, olvidan fácilmente esas raíces.

Mi opinión acerca de la doctrina de Wittgenstein puede resumirse de la siguiente manera. Quizás es cierto, en general, que no existen problemas filosóficos “puros”; pues, en verdad, cuanto más puro llega a ser un problema filosófico tanto más pierde su significación original y tanto más probable es que su discusión degenera en un verbalismo vacío. Por otra parte, no sólo existen genuinos problemas científicos, sino genuinos problemas filosóficos. Aun si el análisis revela que esos problemas tienen componentes fácticos, no por eso se los debe clasificar como pertenecientes a la ciencia. Y aun cuando sean solubles por medios puramente lógicos por ejemplo, no por eso deben ser clasificados necesariamente como puramente lógicos o tautológicos. En la física surgen situaciones análogas. Por ejemplo, el problema de explicar ciertas líneas espectroscópicas (mediante una hipótesis concerniente a la estructura de los átomos) puede resultar soluble por cálculos puramente matemáticos. Pero esto tampoco implica que el problema pertenezca a la matemática pura, y no a la física. Está perfectamente justificado calificar de “físico” a un problema si está vinculado con problemas y teorías tradicionalmente discutidos por los físicos (como el problema de la constitución de la materia), aunque los medios empleados para su solución sean puramente matemáticos. Como hemos visto, la solución de los problemas puede atravesar las fronteras de muchas ciencias. Análogamente, un problema puede ser correctamente calificado de “filosófico” si hallamos que, aunque haya surgido originalmente en concepción con la teoría atómica, por ejemplo, está más estrechamente vinculado con los problemas y teorías que han discutido los filósofos que con teorías abordadas actualmente por los físicos. Y, nuevamente, no interesa lo más mínimo qué tipo de métodos usemos para resolver tal problema. La cosmología, por ejemplo, será siempre de gran interés filosófico, aunque en alguno de sus métodos haya llegado a unirse estrechamente con lo que quizás sea mejor llamar “física”. Afirmar que, puesto que trata de temas fácticos, debe pertenecer a la ciencia y no a la filosofía es no sólo pedante, sin también, manifiestamente, el resultado de un dogma epistemológico y, por ende, filosófico. De igual modo, no hay razón alguna por la cual a un problema soluble por medios lógicos se le debe negar el atributo de “filosófico”. Bien puede ser típicamente filosófico, físico o biológico. El análisis lógico desempeñó un papel considerable en la teoría especial de la relatividad de Einstein, y fue en parte este hecho el que dio interés filosófico a la teoría y planteó una amplia gama de problemas filosóficos vinculados con ella.

La doctrina de Wittgenstein es el resultado de la tesis de que todos los enunciados genuinos (y, por lo tanto, todos los problemas genuinos) pueden ser clasificados en una de dos clases excluyentes:

los enunciados fácticos (sintéticos a posteriori), que pertenecen a las ciencias empíricas; y los enunciados lógicos (analíticos a priori), que pertenecen a la lógica formal pura o a la matemática pura. Esta dicotomía simple, aunque sumamente valiosa para un examen aproximado, para muchos fines resulta ser demasiado simple³.

Pero aunque concebida especialmente para excluir, por decir así, la existencia de problemas filosóficos.

³Ya en mi L.Sc.D. de 1934 señalé que una teoría como la de Newton puede ser interpretada como fáctica o como consistente de definiciones implícitas (en el sentido de Poincaré y Eddington), y que la interpretación que adopte un físico revela su actitud hacia los tests que van en contra de su teoría más que sus propias palabras. También señalé que hay teorías no analíticas que no son testables (y, por lo tanto, no son a posteriori), pero que han tenido gran influencia en la ciencia. (Ejemplos de ellas son la primitiva teoría atómica o la primitiva teoría de la acción por contacto.) Llamé “metafísicas” a tales teorías no testables, pero afirmé que no carecían de significado. El dogma de la dicotomía simple ha sido atacado recientemente, según una línea de pensamiento muy diferente, por F. H. Heinemann (Proc. Of the Xth. Intern. Congress of Philosophy, Fasc. 2, 629, Amsterdam, 1949), por W. V. Quine, y por Morton G. White. Puede observarse, nuevamente desde un punto de vista distinto, que la dicotomía sólo se aplica en un sentido preciso a un lenguaje formalizado y, por lo tanto, falla para aquellos lenguajes en los que hablamos antes de toda formalización, es decir en los lenguajes en los que fueron concebido todos los problemas tradicionales.

IV

Paso ahora a mi primer ejemplo: Platón y la crisis del primitivo atomismo griego.

Mi tesis es que la doctrina filosófica central de Platón, la llamada teoría de las Formas o Ideas, no puede ser comprendida adecuadamente si no es en un contexto extrafilosófico⁴; más especialmente, en el contexto de los problemas críticos de la ciencia griega (principalmente, de la teoría de la materia) que surgieron como resultado del descubrimiento de la irracionalidad de la raíz cuadrada de 2. Si mi tesis es correcta, la teoría de Platón no ha sido totalmente comprendida hasta ahora. (Por supuesto, es sumamente discutible si puede lograrse alguna vez una comprensión “total”.) Pero una consecuencia más importante aún sería la de que nunca la podrían comprender los filósofos formados de acuerdo con el método *prima facie* descrito en la sección anterior, a menos, claro está, que reciban una información especial y *ad hoc* de los hechos pertinentes. (Tendrían que aceptar estos hechos sobre la base de un criterio de autoridad, lo que significa abandonar el método *prima facie* de enseñar filosofía descrito antes.)

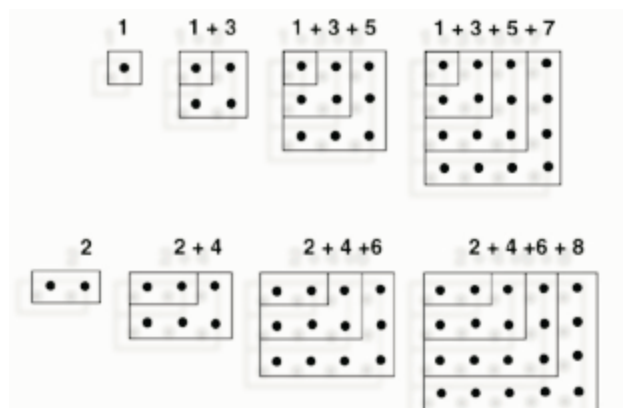
Parece probable⁵ que la teoría de las Formas, de Platón, tanto en su origen como en su contenido, estuviera estrechamente vinculada con la teoría pitagórica de que todas las cosas son, en esencia, números. Quizás no se conocen muy bien los detalles de esta conexión y de la conexión entre el atomismo y el pitagorismo. Por lo tanto, trataré de relatar brevemente esta historia, tal como yo la veo en la actualidad.

⁴En mi *Open Society and its Enemies* he tratado de explicar con algún detalle otra raíz extrafilosófica de la misma doctrina: su raíz política. También examiné allí (en la nota 9 del cap. 6 de la 4a ed. Revisada, 1962) el problema que trato en esta sección, pero desde un ángulo un poco diferente. La nota aludida y la presente sección se superponen un poco, pero también se complementan en gran medida. Las referencias correspondientes (en especial las que se relacionan con Platón) que se han omitido aquí se encontrarán en el lugar mencionado.

⁵Si es que podemos confiar en la famosa exposición que hace de ella Aristóteles en su *Metafísica*.

Al parecer, el fundador de la orden, o secta, pitagórica, se hallaba profundamente impresionado por dos descubrimientos. El primero era que un fenómeno puramente cualitativo, a primera vista, como el de la armonía musical, se base, en esencia, en las proporciones puramente numéricas 1:2, 2:3, 3:4. El segundo era que el ángulo “recto” (que se obtiene, por ejemplo, al doblar una hoja dos veces de manera que los dos pliegues formen una cruz) está relacionado con las proporciones puramente numéricas 3:4:5; ó 5:12:13 (los lados de triángulos rectángulos). Estos dos descubrimientos, según parece, llevaron a Pitágoras a la generalización un tanto fantástica de que todas las cosas son, en esencia, números o proporciones de números; o de que el número es la ratio (logos=razón), la esencia racional o la naturaleza real de las cosas.

Por fantástica que fuera esa idea resultó fructífera en muchos campos. Una de sus más exitosas aplicaciones condujo al estudio de las figuras geométricas simples tales como cuadrados, triángulos rectángulos e isósceles, y también ciertos sólidos simples como las pirámides. El tratamiento de algunos de estos problemas geométricos se basó en el llamado gnomon. Se lo puede explicar de la siguiente manera. Si indicamos un cuadrado mediante cuatro puntos podemos interpretarlo como el resultado de agregar tres puntos al punto de la parte superior izquierda. Estos tres puntos son el primer gnomon (Ver Figura adyacente).

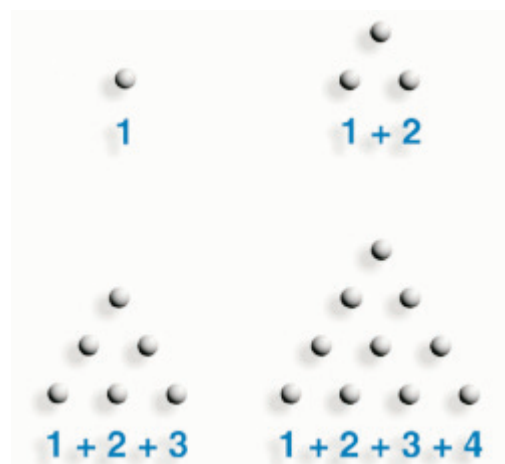


Agregando un segundo gnomon, compuesto de otros cinco puntos, obtenemos:

Se ve inmediatamente que cada número de la sucesión de números impares, 1, 3, 5, 7 ..., forma el gnomon de un cuadrado y que las sumas 1, 1+3, 1+3+5, 1+3+5+7 ..., son los números cuadrados, y que si n es el (número de puntos en el) lado de un cuadrado, su área (número total de puntos = n^2) será igual a la suma de los n primeros números impares.

El tratamiento de los triángulos equiláteros es semejante al de los cuadrados. Puede considerarse la figura siguiente como la representación de un triángulo creciente; creciente hacia abajo mediante la adición de nuevas líneas horizontales de puntos:

En este caso, cada gnomon es la última línea horizontal de puntos y cada elemento de la sucesión 1, 2, 3, 4 ..., es un gnomon. Los "números triangulares" son las sumas 1+2, 1+2+3, 1+2+3+4, etc., es decir, las sumas de los primeros n números naturales. Adosando dos triángulos semejantes



Obtenemos el paralelogramo de lado horizontal $n+1$ (mientras que el otro lado es n), que contiene $n(n+1)$ puntos. Puesto que está formado por dos triángulos isósceles, su número es $2(1+2+\dots+n)$, de modo que obtenemos la ecuación

(1) $1+2+\dots+n = \frac{1}{2} n(n+1)$ de donde

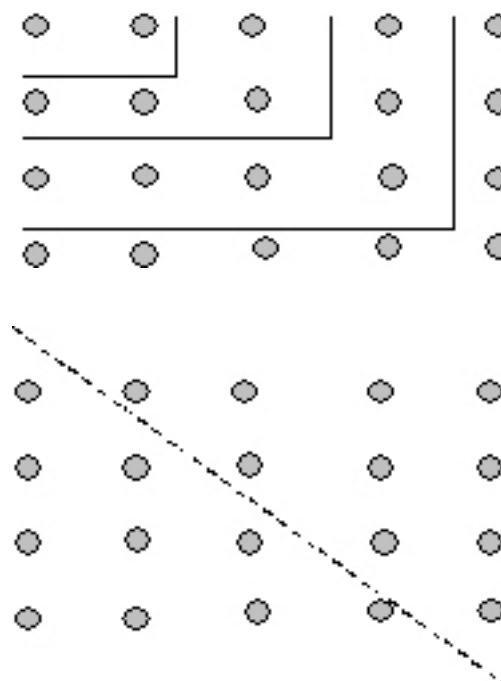
(2) $d(1+2+\dots+n) =$

A partir de lo anterior, es fácil obtener la fórmula general para la suma de una serie aritmética.

También podemos obtener "números oblongos", esto es, los números de figuras rectangulares oblongas, la más simple de las cuales es:

Cuyos números oblongos son 2+4+6 ...; el gnomon de una figura oblonga es un número par, y los números oblongos son las sumas de los números pares.

Estas consideraciones fueron extendidas a los sólidos. Por ejemplo, sumando los primeros números triangulares,



se obtienen los números piramidales. Pero su principal aplicación fue a figuras planas, o contornos, o “Formas”. Se creía que éstas se caracterizaban por su correspondiente sucesión de números y, por ende, por las proporciones numéricas de los números consecutivos de la sucesión. En otras palabras, las “Formas” son números o proporciones numéricas. Por otro lado, no sólo los contornos de las cosas son números, sino también las propiedades abstractas, como la armonía o la “rectitud”. De este modo se llegó a la teoría general de que los números son las esencias racionales de todas las cosas.

Parece probable que haya influido sobre el desarrollo de esta concepción la semejanza de los diagramas de puntos con los diagramas de constelaciones como las del León, Escorpión o Virgo. Si un León es un ordenamiento de puntos, debe tener un número. Así, el pitagorismo parece vinculado con la creencia de que los números, o “Formas”, son los contornos celestiales de las cosas.